

ROMANCES AMATORIOS



X I

(Anónimo)

Se estaba mi corazón
en una silla asentado
circuido de pasión,
de firmeza coronado.
Tres son los mis pensamientos
que así le tienen cercado :
al uno llaman Desdicha,
al otro llaman Cuidado,
al otro gran Desconsuelo
para mí, desconsolado,
que una señora que sirvo
mis servicios ha olvidado ;
y si yo muero de amores
no me entierren en sagrado.
Háganme la sepultura
en un verdecico prado,
y dirán todas las gentes :
¿ de qué murió el desdichado ?
No murió de calentura,
ni de dolor de costado ;
mas murió de mal de amores,
qu'es un mal desesperado.

X II

(Anónimo)

Puso Venus á Cupido
 un rétulo en las espaldas,
 por si acaso se perdiese
 le puedan volver á casa.
 Dice el blanco pergamino
 en unas letras doradas :
 «Este niño vive en Chipre,
 »en la calle de las Damas ;
 »hijo es de Vulcano, herrero,
 »y de la Venus errada ;
 »el que lo hallare lo vuelva,
 »que buen hallazgo le manda.»
 Con esto á la escuela fuése
 con una cesta de palma,
 donde llevaba el almuerzo
 y la cartilla llevaba.
 Sentóse con otros niños
 sobre la dorada aljaba,
 una flecha por puntero
 que apenas el papel rasga.
 Y sobre dar la lición
 mal sabida y no estudiada,
 azotóle su maestro
 con una cuerda de lana.
 El niño con el enojo
 no se fué derecho á casa ;
 mas con otros rapacillos
 se fué á pescar á la playa,
 donde faltándoles cuerda,
 de los cabellos arranca
 algunas doradas hebras,

y de dos en dos las ata.
 Uno de ellos quita luégo
 el reguilete á su caña,
 y echando al agua la cuerda
 no pesca en dos horas nada.
 Cayó en ello el más discreto,
 y prometió, si le daba
 la mitad del primer lance,
 le prestaría dos cañas.
 Así le fué prometida,
 y puesto el cebo, esperaba.
 En este tiempo dos ninfas
 que en sus cristales nadaban,
 viendo los rubios cabellos,
 el cabo de ellos desatan,
 y las perlas que traían
 una prende y otra ensarta.
 Sienten los niños el peso,
 y el lance entre los dos sacan ;
 y en esto el niño tardóse
 y la noche oscura baja.
 Andaba después llorando ;
 llévanle derecho á casa
 por las letras conocidas,
 donde su madre le aguarda.
 Azotarle quiere Venus,
 él replicaba : — Ya basta,
 madre mía, que el maestro
 me azotó por la mañana.
 Que se pierda un niño, madre,
 no es maravilla tan alta,
 que también se perdió Elena
 por interés de una rama.
 Pues Elena se perdió
 por unas manzanas falsas,
 no es mucho que por las finas

perdido una hora me traigan.
 Mas si agora no me azota,
 le diré un ardid y maña
 para pescar corazones,
 que ya tan raros se hallan.
 Sepa, madre, que no pesca
 anzuelo á quien cebo falta ;
 ponga dinero en la flecha,
 y podrá pescar las almas.—
 La madre, viendo el consejo,
 azote y mano levanta,
 y desde entonces no pesca
 menos que con oro y plata.

✕ III

(Anónimo)

Por los jardines de Chipre
 andaba el niño Cupido,
 entre las rosas y flores,
 jugando con otros niños :
 cuál trepa por algún sauce,
 presumiendo buscar nidos ;
 cuál cogiendo el fresco viento
 por coger los pajarillos ;
 cuál hace jaulas de juncos ;
 cuál hace palacios ricos
 en los huecos de los fresnos
 y troncos de los olivos.
 Cuando cubiertas de abejas
 halló el travieso Cupido
 dos colmenas en un roble
 con mil panales nativos,
 metió la mano el primero

llamando á los otros niños ;
 picóle en ella una abeja,
 y sacóla dando gritos.
 Huyen los niños medrosos,
 el rapaz pierde el sentido ;
 vase corriendo á su madre,
 á quien lastimado dijo :
 —Madre mía, una abejita,
 que casi no tiene pico,
 me ha dado mayor dolor
 que pudiera un basilisco.—
 La madre, que lo conoce,
 vengada de verle herido
 de cuando la hirió de amores
 de Adonis, que tanto quiso,
 medio riendo le dice :
 —De poco te admiras, hijo,
 siendo tú y esa avecica
 semejantes en el pico.—

✕ IV

(Anónimo)

Llegó á una venta Cupido
 á la mitad del invierno,
 las alas todas mojadas,
 roto el arco y muerto el fuego.
 Viéndole tan destrozado
 dijo el bueno del ventero :
 —Hermanito, no hay posada ;
 pique, que cerca está el pueblo.—
 Bien quisiera su venganza
 ponella luégo en efecto ;
 mas como se vió sin armas,

probó palabras y ruegos :
 dijole cómo era hijo
 de la bella diosa Venus,
 á cuyo cetro y corona
 todo el mundo está sujeto.
 Mas como la cortesia
 jamás cupo en bajo pecho,
 haciendo burla del niño
 responde con menosprecio :
 — ¡ Para ser hijo de reina
 él trae muy bellaco pelo !
 Y aquí no hacemos nada
 por amor, y sin dinero.
 Sepa, si tuvo poder,
 que ya se pasó aquel tiempo
 cuando cantaban sus triunfos
 con discantes á lo viejo :
 cuando por ver á su dama
 iba el otro majadero
 hecho pez á media noche
 nadando de Abido á Sexto ;
 aunque mejor que tanta agua
 fuera una azumbre de añejo,
 y echarse en su cama á nado,
 y saliera salvo á puerto ;
 aunque en medio de las olas
 halló de su mal remedio,
 pues bebió tal parte de ellas,
 que apagó de amor el fuego.
 Y también el otro bobo
 del babilónico suelo,
 que porque halló roto el manto,
 rompió con su espada el pecho ;
 y luégo la necia Tisbe,
 añadiendo yerro á yerro,
 se mató, queriendo echar

la sogá tras el caldero.
 Y si no ve aquestas cosas,
 sepa que es porque está ciego ;
 desatátese los ojos,
 verá la razón que tengo. —
 Cupido entre aquestas burlas
 fué las veras conociendo,
 y de aquí adelante puso
 nueva ley y otro uso nuevo ;
 y es tan discreto, que tiene
 menos costa y más provecho.
 Y también manda á las damas
 que en su amor hagan concierto,
 y que tengan sus medidas
 conformes á cada precio ;
 y que al amante que diere
 no le envíen descontento,
 y al que no diere, le digan
 lo que le dijo el ventero :
 — Hermanito, no hay posada ;
 pique, que cerca está el pueblo. —

X V

(Anónimo)

Amedrentado Cupido
 de los azotes de escuela,
 huyó porque oyó decir
 que entran con sangre las letras.
 Y viendo que de su casa
 le despide la maestra,
 y por pescar en la playa
 su madre azotarle quiera,
 y en los jardines también

le picaron las abejas,
y que no le dan posada
por llegar pobre á la venta,
sintiéndose despreciado,
sin habilidad ni renta,
determina de tomar
oficio que le entretenga.
Y siendo amigo de dulce,
que es el blanco adonde asesta,
como era niño y rapaz,
aficionóse de nieblas.
Hizo un cestillo de palma
quien cesto de palma lleva,
con el juego de ventura
encima de la tableta.
El arco puso por asta
y una flecha por saeta,
gritando suplicaciones
quien á suplicar sujeta.
Y viéndole tan bonito,
llamáronle de una reja
el Interés y una dama,
y el niño con los dos juega
Jugó el Interés de mano,
que en todo la mano lleva,
y echó la suerte la dama,
y ella tira la moneda.
Anduvo Cupido azar,
que no acierta suerte buena,
por ser incierto su juego,
y su pérdida muy cierta.
Dentro de pequeño rato
el Interese le pela,
y dando mate en perder,
vino á rematar la cesta.
Tomó el Interés el arco,

quedó con la palma y flecha,
con que para más reinar
fué su ventura deshecha;
y dándole, como dicen,
con la cesta en la cabeza,
triunfando de sus despojos
hace y deshace la guerra.

VI

+

(Anónimo)

Topáronse en una venta
la Muerte y Amor un día,
ya después de puesto el sol,
al tiempo que anochecía.
Á Madrid iba la Muerte,
y el ciego Amor á Sevilla,
á pié, llevando en los hombros
sus caras mercaderías.
Yo pensé que iban huyendo
acaso de la justicia,
porque ganan á dar muerte
entrambos á dos la vida.
Y estando los dos sentados,
Amor á la Muerte mira;
y como la vió tan fea,
no pudo tener la risa;
y al fin le dijo riendo:
—¡ Señora, no sé qué os diga,
porque tan hermosa fea
yo no la he visto en mi vida!—
Corrida la Muerte de esto,
puso en el arco una vira,
y otra en el suyo Cupido,

y hacia fuera se retira.
 Con un lanzón el ventero
 de por medio se metía,
 y haciendo las amistades,
 cenaron en compañía.
 Fuéles forzoso quedarse
 á dormir en la cocina,
 que en la venta no había cama,
 ni el ventero la tenía.
 Los arcos, flechas y aljabas
 dan á guardar á Marina,
 una moza que en la venta
 á los huéspedes servía.
 Aún no había amanecido,
 cuando Amor se despedía;
 sus armas al huésped pide,
 pagando lo que debía.
 El huésped le da por ellas
 las que la Muerte traía;
 Amor se las echó al hombro,
 y sin más mirar camina.
 Despertó después la Muerte
 triste, flaca y desabrida;
 tomó las armas de Amor,
 y también hizo su guía,
 y desde entonces acá
 mata el Amor con su vira
 mozos que ninguno pasa
 de los veinte y cinco arriba.
 Á los ancianos, á quien
 matar la Muerte solía,
 agora los enamora
 con las saetas que tira.
 ¡ Mira cuál está ya el mundo,
 vuelto lo de abajo arriba!
 Amor por dar vida mata;
 Muerte por matar da vida.

VII

(De Bartolomé de Torres Naharro)

Hija soy de un labrador,
 nacida sobre el arado,
 criada so los olivos,
 crecida tras el ganado.
 Careando una mañana
 las ovejas del vedado,
 solas dos por mi reposo,
 las que Dios me había dado,
 que Alegría y Libertad
 por nombres las he nombrado,
 se me perdieron allí
 por suerte de mi pecado,
 que comían en mis haldas,
 venían á mi llamado.
 Sin partir el pan con ellas,
 no comiera yo bocado:
 d'ellas era lo mejor,
 cuando había un verde prado;
 si claras fuentes había,
 nunca las han deseado:
 santiguábales yo el agua
 con amor desengañado;
 so las frescas solombreras
 las siestas las he guardado,
 las mañanas y las tardes
 á pacer las he sacado.
 Comprélas dos encerrillas
 que la vida me han costado;
 con cuerdas de mis cabellos,
 los que tanto yo hepreciado,
 un día de San Antón,

que mal me las ha guardado,
 se las puse de los cuellos :
 hame nada aprovechado.
 Poco vale diligencia
 contra el mal predestinado ;
 lo que ha de ser una vez
 no puede ser estorbado.
 Tornéme en fin congojosa
 llorando mi mal recado,
 y en llegando á mi cabaña
 ví mi fin aparejado.
 El zurrón hice pedazos,
 y en el fuego eché el cayado ;
 saqué los rubios cabellos
 de mi grosero tocado,
 tirando cuanto podía
 yo los puse en mal estado ;
 hice las manos verdugos
 de mi gesto delicado ;
 mis dos ojos con pesar
 en dos ríos se han tornado,
 y el corazón en el cuerpo
 de rabia fué traspasado.
 Con mis gritos y alaridos
 el valle estaba espantado ;
 por flaqueza de natura,
 no por falta de cuidado,
 yo me dormí de cansada
 dende gran rato pasado.

VIII

(De Jorge Montemayor)

Oidme, señora mía,
 si acaso os duele mi mal,
 y aunque n'os duela en oïllo
 no me dejéis de escuchar :
 dadme este breve descanso
 porque me esfuerce á penar.
 ¿No os doléis de mis suspiros?
 ¿No os enternece el llorar,
 ni cosa mía os da pena,
 ni la pensáis remediar?
 ¿Hasta cuándo, mi señora,
 tanto mal ha de durar?
 No está el remedio en la muerte,
 sino en vuestra voluntad,
 que los males qu'ella cura
 ligeros son de pasar.
 No os fatigan mis fatigas,
 ni os esperan fatigar ;
 de voluntad tan exenta,
 ¿qué medio se ha de esperar?
 Y ese corazón de piedra
 ¿cómo le podré ablandar?
 Volved, señora, esos ojos,
 qu'en el mundo no hay su par,
 mas no los volváis airados,
 si no me queréis matar,
 aunque de una y otra suerte
 matáis con solo mirar.